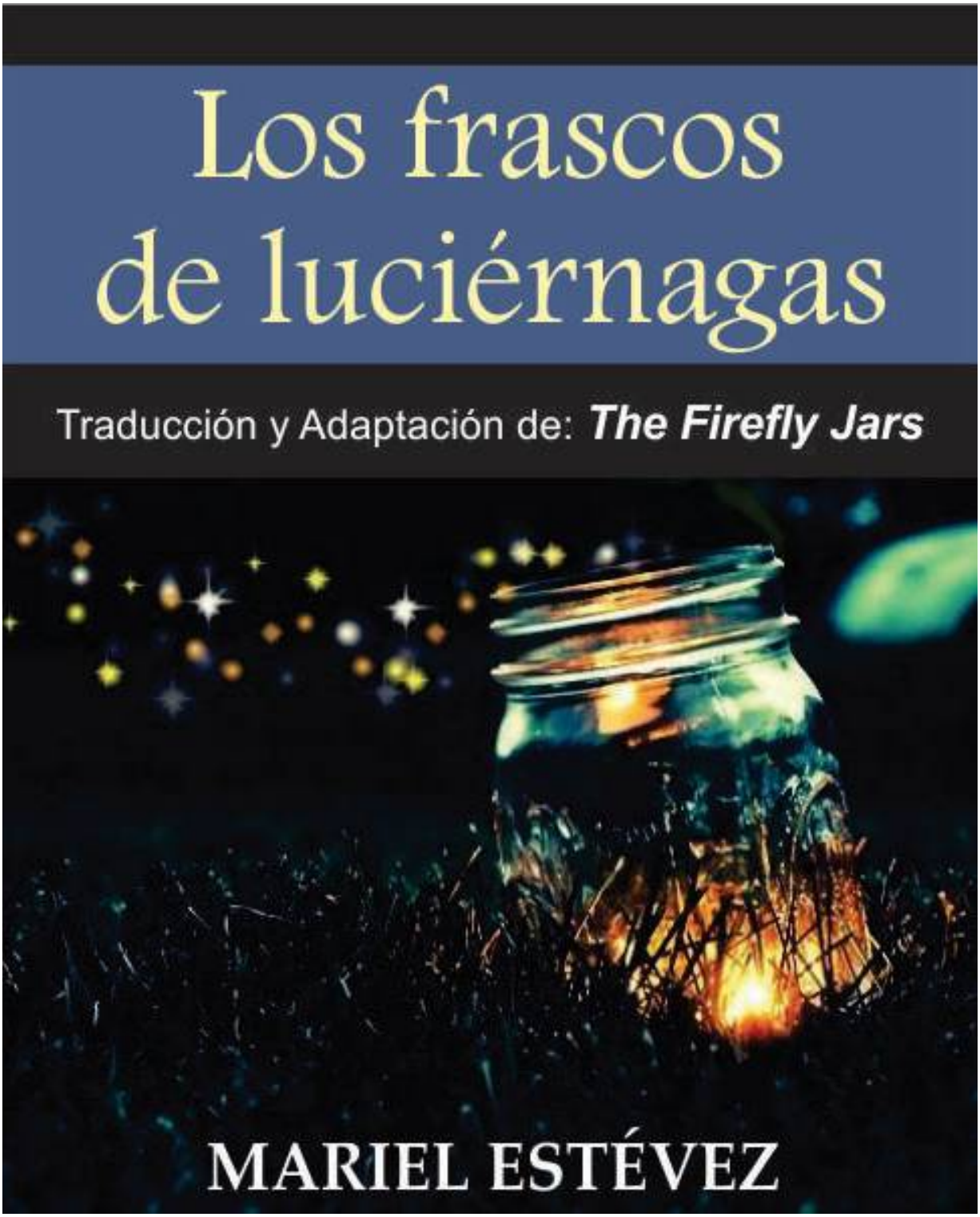
Los frascos de luciérnagas

Mariel Estevez



Capítulo 1

Los frascos de luciérnagas

Detrás de nubes esponjosas, un sol tímido intentaba asomarse. En la calle poblada de extraños, un rayo de sol tenue plasmó su sombra delgada en la acera cubierta de hielo. Sofía detestaba que se le congelasen las orejas y la nariz, y más aún odiaba los inviernos interminables, esos que se niegan a emprender la retirada, aunque el calendario los obligue. Sin embargo, si de música se trataba, el *Invierno* de Antonio Vivaldi era su estación favorita. Le resultaba sumamente irónico que, apenas comenzaban los primeros acordes, una reconfortante sensación de calor y bienestar le recorriera el cuerpo.

En el bolsillo de su tapado, un juego de llaves cascabeleaba, impaciente por regresar a casa. Mientras caminaba con letargo, inmersa en sus pensamientos, el suave tintineo de dos botellas de vodka que llevaba en una bolsa de supermercado la incitaba a beber aquel elixir de olvido. Inconscientemente, se humedeció los labios secos. Clin…clin…clin, con cada paso, como un metrónomo de vidrio incansable que con cada golpe se incrustaba en su cerebro. Necesitaba disfrutar en secreto el resultado de aquel hecho reciente que provocaba en ella un sentimiento de satisfacción agridulce. Estaba impaciente por llegar a casa; los espacios abiertos la sofocaban. Bajó la vista y aceleró el paso… sólo unos metros más.

En su departamento prevalecía una atmósfera lúgubre, y una película de polvo cubría todas las superficies. En la pileta de la cocina, una pila de platos sucios aguardaba, ansiosa, su turno bajo el agua jabonosa. En la heladera sólo había alimentos vencidos y bebidas alcohólicas. Su dieta, que consistía mayormente en comida chatarra, alcohol y tabaco, había empeorado de manera drástica durante los últimos meses.

Olvidado en el rincón más alejado de su habitación, inmóvil y en una plegaria silenciosa, un violín polvoriento suplicaba que lo tocasen una vez más. En la sala, el televisor permanecía las veinticuatro horas del día encendido, para ahuyentar el ensordecedor silencio que tanto la aterraba.

Creyó que sería buena idea abrir una ventana y dejar que el aire se renovase, pero su voluntad se quebró a medio camino. El sillón y la nueva botella de vodka la hicieron cambiar de planes. Se reprochó el no ser capaz de resistirse a los malos hábitos. En la mesa ratona de la sala, un cigarrillo se consumía lentamente en el cenicero atiborrado de colillas, soltando un hilo de humo blanco que ascendía en espiral hasta el cielorraso. Desde la ventana del cuarto piso, la vida ajetreada de las personas que pasaban caminando, diminutas como hormigas, parecía mucho más simple que la suya, o al menos eso quería creer. De vuelta en

el sillón, llenó el vaso con vodka hasta el borde, calmó en él sus recuerdos dolorosos y, abrazando sus piernas contra el pecho, hundió la cabeza en ellas.

Medio paquete de cigarrillos más tarde, Sofía caminaba de manera impaciente de acá para allá por todo el departamento, a veces balbuceando incoherencias, con los ojos llenos de lágrimas. "¿Qué otra cosa podría haber hecho? Supongo que esta era la mejor opción. Sí, sí, esto era lo que había que hacer", se decía a sí misma entre sollozos, debatiendo con su sentido común y su moral, incapaz de llegar a un acuerdo. Le sobrevino un deseo incontrolable de anestesiar su cuerpo y dejar de sentirse angustiada. Con el tiempo, los secretos que guardaba y las palabras nunca dichas se habían enquistado en su garganta, dejándola sin aire. Una pesada carga le oprimía el pecho desde hacía mucho tiempo.

En la alacena de la cocina guardaba una bolsa de plástico escondida dentro de una lata de café vacía. Observó que su reserva de pastillas comenzaba a escasear, y llegó a la conclusión de que había necesitado de ellas con más frecuencia de lo planeado. Allí, en medio de la cocina, contuvo las lágrimas y aceptó su amarga realidad. Frente a una audiencia inexistente y moralista, colocó dos pastillas en su boca, se inclinó para una reverencia y fingió una sonrisa ancha. Resignada, se reconoció incapaz de recordar algún momento en su vida en el que las sonrisas hubieran sido genuinas e inocentes.

Una ola de recuerdos espantosos inundó su mente. *Sofi, tenés que ser una nena buena. Dale, bebé, mostrame una sonrisa bien grande, sino la gente va a pensar que no te tratamos bien en esta casa.* La mano de un adulto, estratégicamente apoyada sobre la suya, había acompañado aquellas palabras que, décadas más tarde, aún resonaban en sus oídos, y el sólo recordarlas le provocaban ira y repulsión. Con tristeza, comprendió que desde niña había vivido para obedecer sin cuestionar, para callar, para guardar secretos, para aparentar, y así lo había hecho cada día de su vida. Cayó en la cuenta de que no había reído en años. Injustamente, había recaído sobre ella una culpa que no le pertenecía.

En un último intento por asomarse, un rayo de sol logró eludir las nubes y alcanzó el vaso facetado sobre la mesa ratona; la pared detrás del sillón se llenó de diminutos destellos de colores, tan brillantes como mil luciérnagas.

Mientras cada rincón del departamento se oscurecía, otro cigarrillo se consumía en el cenicero, dibujando espirales de humo blanco. Deseó poder convertirse en ese humo liviano y escabullirse por una rendija en la ventana, directo al sol detrás de las nubes, y desaparecer para siempre. "Todo va a estar bien. Todo va a estar bien", repetía mecánicamente, sin creer una sola palabra. "Si me hubiesen creído… todo sería diferente

ahora". Las sombras se alargaron, y los destellos de luz en la pared se desvanecieron hasta desaparecer por completo.

Una falsa paz se adueñó de su cuerpo, y se desplomó sobre el sillón. Tenía los pómulos huesudos, y el cutis pálido como la nieve; sus extremidades delgadas carecían de vida. Los rizos castaños y los ojos color miel, que en tantas oportunidades le habían elogiado, hacía tiempo ya que habían perdido su brillo. El murmullo distante de los autos en la calle la arrulló. Se dejó llevar, dejó de sentir, de sufrir, al menos por un rato.

El sol terminó por rendirse, y quedó atrapado detrás de las nubes esponjosas.

La noche cayó sobre la ciudad, pesada, implacable como su propia desesperación. Su respiración se hizo más lenta, al igual que sus latidos. Desconectada del mundo, Sofía vivía alucinaciones que se mezclaban con el vacío, con la ausencia de los recuerdos que la atormentaban, y eso le aliviaba el alma. La envolvía una niebla púrpura, y danzaba entre viejas partituras que solía interpretar, llenas claves de sol, de corcheas y semicorcheas que se deslizaban sobre pentagramas ondulantes. Las horas transcurrían, al igual que el parloteo incesante que provenía del televisor.

El teléfono comenzó a sonar con insistencia, arrancándola por fin de su letargo. Caminó con dificultad hasta el teléfono y lo atendió. Una descarga de adrenalina le recorrió el cuerpo y resopló con enfado. "¡No! ¡No te atrevas a echarme la culpa de todo esto a mí!", dijo con furia, apretando los dientes. Con la mirada fija en la oscuridad del cuarto, escuchó a su interlocutor. "Yo sé que hubo muchísimas veces en las que era muy obvio lo que pasaba… y me rompe el corazón darme cuenta de que todos ustedes decidieron ignorarlas… pero ahora ya está. Ya nadie más va a pasar por lo que pasé yo.", aseveró con certeza. Sus manos temblaban, y su corazón latía con la fuerza de mil secretos que intentaban liberarse.

Un remolino de pensamientos irreconciliables se debatía en su mente y lastimaba su cerebro como astillas de vidrio filosas. Sentía que su cabeza se partiría en dos. Golpeó el auricular del teléfono con un gruñido. "No te das cuenta de lo que pasa acá… No, esto no va a pesar en mi conciencia. Yo no fui quien falló", dijo, decidida, y colgó el auricular. Un minuto más tarde, el teléfono volvió a sonar, perforándole el alma. Atendió de mala gana. "Ah! ¿Y ahora vos?", soltó abruptamente. "Esto es demasiado para mí... ¿Y sabés qué? No tengo por qué soportarlo". Colgó de golpe, y si volvían a llamar, no pensaba contestar. Saber lidiar con las consecuencias de las experiencias sufridas en el pasado, nunca había sido su punto fuerte; su adicción era prueba fehaciente de ello. Un repentino sentimiento de alienación la apabulló. Se miró las manos, los brazos y piernas delgados; sentía que no eran parte de su cuerpo.

Con la mirada perdida en el vacío, Sofía observó su imagen distorsionada en el espejo sobre el lavamanos. Había perdido la noción del tiempo. Revolvió con impaciencia el botiquín, buscando otra de sus reservas de pastillas. Frente al espejo, alzó el brazo, y recorrió el contorno de su rostro con el dedo índice en un impulso desesperado por aferrarse a los últimos vestigios de su esencia, de su identidad. Ya era demasiado tarde. Aquella extraña en el espejo le devolvió un leve gesto de aprobación. Ella lo sabía bien; una sola pastilla alcanzaría para alejarse de su realidad por algunas horas, como hacía siempre. Sin embargo, engañada por su propia mano, tomó un puñado de pastillas y las tragó con vodka, directo de la botella. Y junto con ellas, tragó la culpa que no le pertenecía, las sonrisas fingidas en la infancia, los secretos bien guardados y las palabras nunca dichas. Se desplomó boca arriba sobre la cama.

Para entonces, el sol había ido a probar suerte al otro lado del mundo.

Las vetas en la madera del cielorraso se transformaron en olas saladas de mar, y en barriletes coloridos que flotaban en un cielo despejado. Con cada abrir y cerrar de ojos, tomaban vida nuevas imágenes y sensaciones. En su mente, oyó música y risas provenientes de un pasado muy lejano. Le entristeció recordar aquellos recitales de violín en la escuela y tantos amigos ya perdidos. Una mano cariñosa e invisible tocó su cabello castaño y acarició con ternura sus mejillas hundidas. Se dejó llevar por ese gesto de amor y le permitió a su niña interior llorar su pérdida más grande: su inocencia.

En el aire, quedaron suspendidos aromas y voces que recordaba de niña, de reuniones familiares alrededor de una fogata crepitante, y de banquetes de sándwiches de queso fundido después de una exitosa cacería nocturna de luciérnagas junto a sus hermanos. Sus frascos de luciérnagas eran siempre los más brillantes; no se cansaba de los halagos cuando todos decían que tenía un talento especial para eso. En secreto, estaba convencida de que sus luciérnagas habían capturado una pequeña porción de sol, que ahora le daban como regalo.

A medida que pasaban por su mente, uno a uno, los recuerdos escaparon y se desvanecieron en la habitación que se iluminaba por el sol del amanecer, al igual que aquellas luciérnagas brillantes cuando por fin le quitaba la tapa a su frasco. La culpa que habitaba en ella lentamente se sacudió el letargo y se liberó. Siguiendo el ritmo de la música que sonaba en su cabeza, dibujó sonrisas en el aire con el dedo, como un director de orquesta delirante que se rehúsa a aceptar que su época dorada quedó ya en el pasado. Con cada bocanada de aire, la pesada carga que había sentido sobre sus hombros durante tanto tiempo se fue desvaneciendo. De repente, sintió que se elevaba, incorpórea, liviana.

Una ráfaga de viento se escabulló por una rendija, y abrió una ventana, mientras las nubes esponjosas daban paso al sol de la mañana,

permitiéndole derramar su renovada luz en cada rincón de la habitación. En la calle, el viento invernal mecía las ramas de los árboles desnudos como pentagramas entrelazados. El vaso sobre la mesa ratona ya no reflejaba destellos diminutos de colores en la pared; ni una sola voluta de humo blanco salía del cenicero atiborrado de colillas. Finalmente, la música en su cabeza menguó hasta desaparecer. Como era costumbre, el televisor seguía encendido, aunque la programación del día aún no había comenzado. A pesar de que el departamento se encontraba en completo silencio, no pareció molestarle ya. Con la mirada perdida, tomó algunas bocanadas de aire con dificultad. Su pecho se aplanó, y sus extremidades se relajaron. Exhalando su último aliento, Sofía cerró los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, se regaló una sonrisa genuina e inocente.